

PALABRAS A DISTANCIA

Recogí mi cabello entre suspiros frente al espejo, perdida en mis pensamientos mientras me preparaba para ir a trabajar. Nadie esperaba la realidad que vivimos actualmente. Una pandemia era algo que solo veía en series apocalípticas, cosa de ficción. La idea de exponerme cada día al exterior me aterraba, pero saber que mi labor en el supermercado ayudaba a otras personas en esta situación era un aliciente para seguir adelante. Jamás me había sentido tan relevante.

En la puerta de mi piso esperaba mi vecina Isabel, una anciana menudita de rizados blancos con la que he compartido innumerables charlas nocturnas junto a una copa de vino. En sus castigadas manos llevaba una carta que asomaba algunas palabras escritas con una elegante caligrafía.

—Cariño, ¿podrías entregarle esta carta a una persona? —preguntó entre titubeos—. Su nombre es José.

No dudé en aceptar su petición, pues aquella mujer había sido como una madre desde que me mudé al bloque. Me monté en mi vieja bicicleta y pedaleé sin ganas, cansada de ver calles que en su día estaban llenas de vida y ahora estaban completamente vacías. Sevilla estaba triste sin sus sevillanos.

Llegué a la dirección que Isabel me había indicado, un bloque de pisos aparentemente muy antiguo, de los que guardan en sus paredes toda la historia de la ciudad. La puerta mal cerrada me permitió entrar y, en ese momento, un anciano entró en el bloque y abrió el buzón con el nombre que

estaba buscando. "Es él, tiene que ser él". Saqué con prisas la carta de la mochila.

—Es de Isabel —susurré, sin siquiera presentarme. Maldije mis nervios.

Por un momento, aquel señor olvidó las dificultades para caminar que delataba el bastón que agarraba en su mano y subió las escaleras corriendo. "Qué estúpida soy, el hombre se habrá asustado", pensé. Al minuto volvió al rellano y me entregó un sobre.

—Yo también tengo algo para ella —me dijo con una tímida aunque sincera sonrisa.

Salí del trabajo, pedaleé a casa tan rápido como pude y llamé a la puerta de Isabel. Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios al leer la carta, que no pudo esperar a abrir. Me contó cómo conoció a José en compañía de nuestra habitual copa de vino, con un brillo en sus ojos que jamás le había visto: semanas previas al estado de alarma, una tormenta sorprendió a Isabel sin paraguas cuando José salía de su portal, que al ver a la mujer empapada no dudó en cederle el suyo. Al día siguiente, Isabel regresó al portal para devolvérselo, convirtiéndose en su punto de encuentro habitual, sin saber que se verían forzados a perder el contacto.

Hubo un momento de mi vida en el que me hastiaba la monotonía de pedalear para ir al trabajo; sin embargo, intercambiar diariamente las cartas de Isabel y José ha sido una oportunidad para aprender a disfrutar cada segundo del camino, permitiendo que la pareja mantenga vivo su amor a través de palabras a distancia.

Dandelion.